

## La fusión republicana

Se ha constituido en Madrid la Asamblea de fusión republicana, á que también concurren algunas representaciones de los comités de Unión republicana que no están conformes con la actitud de intransigencia en que se han colocado algunos elementos del partido progresista, que, como es sabido, formó la unión con la fusión republicana.

Hemos tenido ocasión de hablar particularmente con muchos representantes, y á todos los vemos animados de nobles deseos y decididos á que lleguemos á la unión de los republicanos, cueste lo que cueste.

Quieren los representantes de las distintas comarcas de España hacer de verdad un partido fuerte y vigoroso, con verdadera disciplina, que acabe con todas las rebeldías y mate esos pequeños grupos y grupitos en que se halla dividida la gran familia republicana; y confían, en que lo mismo los federales que los progresistas que se manifiestan dispuestos á ingresar en la unión proyectada, habrán de reconocer, al fin y al cabo, la necesidad y la alta conveniencia de hacerlo, y plegarán sus banderas, imitando ó siguiendo el ejemplo de hombres y organismos importantes de aquellas fuerzas políticas que ya han manifestado públicamente su propósito de concurrir á la Asamblea que inició Nakens.

La Asamblea de fusión republicana está llamada á tratar dos puntos importantísimos. Es el primero la convocatoria para la asamblea general á que se manifiestan dispuestos muchos representantes que, como diputados y como periodistas, se han adherido ya al pensamiento. Posible es que haya debate en este punto, pero ni será apasionado ni se prolongará mucho tiempo, y el acuerdo será convocar la Asamblea.

Es otro punto importantísimo el que se refiere á la existencia de la fusión. Si ésta debe disolverse inmediatamente de acordar la convocatoria de la asamblea general, ó sería discreto esperar el resultado de la asamblea general para disolver aquella fuerza política, hoy el núcleo más importante, con objeto de evitar que, fracasados los intentos de unión que por todas partes se proclaman, quedara huérfano de dirección el importantísimo núcleo de republicanos de diversas tendencias que aceptaron y siguen el programa amplísimo de la fusión republicana.

Desde que se inició la idea de la asamblea general nos declaramos partidarios decididos de ella, con programa y dirección. Hoy, en vista de las grandes corrientes de opinión que se han pronunciado favorables á la convocación de la Asamblea y á la dirección responsable de una persona, lo estimamos de capital importancia para la suerte futura del partido republicano; y si es discreto y político lo que pretenden algunos representantes de la fusión, afortunadamente no será necesario, porque en interés de todos está que la asamblea general sea un éxito, y todos debemos contribuir á ello con fe para realizarlo, y constancia, disciplina y una gran abnegación para sostenerlo, empujando por rodear de todas las aureolas á las personas ó á la persona en quien depositemos nuestra confianza, y que no seamos puramente platónicos, y le ayudemos arrimando el hombro y prestándole todo nuestro apoyo para la obra de la restauración de la República, á que por entero debe él y debemos los demás consagrarnos.

A. A.

## Murmuraciones

La muerte, ó el fallecimiento, de la señora abuela de nuestro amado rey; la Asamblea reunida ayer en Sevilla por el señor don Pedro Rodríguez de la Borbolla para calzarse las botas de la jefatura del partido liberal de la provincia; y los consejos y las iniciativas que, á esportones, nos remite desde Madrid un redactor de *El Liberal* y paisano nuestro, para que nuestros próximos festejos tengan toda la brillantez posible, son las tres notas que tuvimos ayer, que tenemos hoy, y que, probablemente, tendremos mañana.

A la primera, ó sea al fallecimiento de la augusta abuela del augusto nieto, ya se le ha puesto el parche que necesitaba: el parche ha consistido en un sentido telegrama del señor Alcalde interino de Sevilla, quien, á nombre de toda Sevilla, incluso á nombre mío, ha dado el pésame á la Casa Real.

Detesto esa absorción de poderes de que hacen gala los señores alcaldes, quienes se toman el trabajo de sentir por nosotros sin tomarnos parecer.

Comprendo que estos subjes de partidos absorban las representaciones, porque éstas se las dejamos libres para que ellos se entretengan en administrarnos. Comprendo que ellos absorban los puestos públicos para regalárselos á sus parientes, conocidos ó paniaguados.

Pero me cuesta trabajo comprender que absorban también nuestro modo de pensar y de sentir para su uso y abuso particular.

Porque, con tanto absorber, absorben ya más que la preciosa draga de absorción que tiene sobre la ría Guadalquivir el ilustrado ingeniero de las obras del puerto don Luis Molini.

Esta (la draga) absorbe arena, fango, piedras, y en menos que se persigna un cura loco, llena su vientre con trescientos metros cúbicos, que ella misma, generosamente, deposita en las márgenes, viniendo, por arte del progreso y de la ciencia, á renovar el lecho del Guadalquivir; y los fangos y arenas que vieron pasar sobre sí las quillas de las antiguas naos y destarataados galeones, hoy se enseñorean, á la vuelta de siglos, en las poéticas riberas del manso Bétis sin ser un estorbo para la navegación... Absorbe todo eso, digo, pero... nada más: la draga no se mete con el color ni el sabor del agua de la ría, á la que respeta en lo que tiene de espiritual. Pero estas señoras autoridades, nó: ellas arramblan con todo, hasta con nuestro modo de pensar y de sentir.

Y como yo, vecino de Sevilla, no me voy á poner luto porque se haya muerto una de las augustas abuelas de nuestro amado y augusto rey, duéleme, por la parte que me toca, de ese pésame tan absoluto que ha remitido á Madrid, por telégrafo, el alcalde interino de nuestra ciudad.

Estas cortesías de ultratumba están bien entre amigos y personas conocidas, porque son una correspondencia de afectos sociales que tienen su justificación.

Hoy lo hice conmigo un amigo, mañana lo hago yo con él, y así se pasa la vida, aunque se sabe de positivo que el único que llora es aquel que siente el dolor.

Pero cómo el rey no conoció á mi abuela, ni yo á la suya, lo mismo le dió á él de la muerte de mi abuela, que á mí de la suya.

Por eso, y exclusivamente por eso, creo yo que las autoridades debieran de atenerse á lo que dicta la sana razón, sin entrar en terreno vedado.

Para evitarse estas protestas del sentido común.

Y vamos al segundo asunto.

El señor don Pedro Rodríguez de la Borbolla resultó ayer nombrado jefe del partido liberal sevillano por 723 electores, casi un batallón.

Cómo reunió junto á sí estos elementos el señor Borbolla, yo no lo sé. 723 políticos, esto es, individuos que se ocupan en hacer política en nuestra región, forman un contingente más que regular. Yo no sabía que hubiera esa tanda de borbollistas.

La fuerza que da un acto público de esta naturaleza no se puede negar, y mal veo al grupo Ruizmartinista para contrarrestar esa avalancha que por sí y ante sí se nombra un jefe y se pone á sus órdenes.

Resultado de todo esto:

Que en Madrid no hay partido liberal,

sino jefes y jefecillos sueltos que andan buscando un Sagasta sin acento en la segunda á (como el Sagasta de la calle Gallegos); y que en Sevilla y su provincia hay 723 liberales.

¡Todo un señor partido!

El acto de ayer tuvo dos fases: una, la que presentó el señor Héctor y Abreu, franca y decidida, contraria á sus antiguos amigos, de los que dijo que...

“Se conforman con continuar recogiendo las migajas que le arrojan del banquete conservador.

Entiende que esa política de contubernios y alianzas, en la sombra, envilece al que la hace.”

Excuso decir á mis lectores la cara que pondrían más de la mitad de sus oyentes, que no han hecho otra cosa en su vida.

Pero, en fin; es posible que ayer hicieran propósito de enmienda y se desenvencilieran al salir.

¡Ah!... El señor Héctor—me atengo á los apuntes de la prensa—no dijo palabra acerca del acendrado monarquismo del pueblo español. No se ocupó en eso para nada, convencido de que él no lo siente tampoco.

Y vamos á avalorar el discurso del jefe, del señor Borbolla.

A fuerza de usar toda clase de habilidades, á don Pedro le sucede como á los tornillos usados: que, como han dado muchas vueltas y están gastadas las ranuras, no ajustan, y más que tornillos son rebolerías.

El señor Borbolla es hombre de palabras, y á nadie creo yo que se le pueda aplicar mejor aquello del dramaturgo inglés: ¡Palabras, palabras, palabras!

En las que pronunciara ayer en la Asamblea no hay una afirmación de esas que hacen raya.

A sus correligionarios los liberales que no le hacen coro, les ofrece el perdón si llegan hasta él.

A sus enemigos los conservadores les da *coba fina*.

Su discurso ha querido hacerlo tan habilitado, tanto, que todos son resbalones, mirado desde el punto imparcial que yo lo miro.

Dijo en él:

“Seguiremos este procedimiento: Justicia para todos, para el amigo y el adversario; *el favor* sólo para el amigo.

Exigiremos honradez á los que ejerzan cargos públicos, y aquellos que sigan otra conducta serán lanzados de sus puestos por nosotros mismos.”

El párrafo primero anula el segundo.

Ayer, el señor Borbolla, habló con la tiza en una mano y con la esponja en la otra. Lo que escribía con la primera lo borraba con la segunda. Sus manifestaciones carecían de sinceridad aun en la apariencia.

*El favor* puede ser una injusticia, y bueno es que lo haga, pero que no lo diga.

—¡Pues esa es la mejor prueba de que soy sincero!—me dirá.

Nó: esa es la mejor prueba de que su habilidad se ha gastado como el tornillo de que hablo al principio.

Su habilidad y su mejor condición ha sido siempre aquella cualidad que tanto se le ha alabado á Romero Robledo, y que se sintetizaba en esto:

—A mis amigos, con razón ó sin ella.

Y como yo creo que seguirá siendo lo mismo, todas las demás palabras están de sobra.

Quiero, pues, concederle siempre esa buena cualidad, que él ha tenido la inadvertencia de borrarla en su afán de aparecer modificado *moralístamente*.

Y sigue diciendo *El Liberal*, de cuya reseña me valgo para estos juicios:

“Definiendo su actitud política, dice que está igualmente apartado de las intransigencias de la derecha ó de la izquierda, no asustándole éstas.

Entiende que España, por la ley, es democrática, y que no se necesitan nuevas libertades, sino trabajar porque se practiquen las consignadas en aquella.”

¡Ya se conoce que el señor Borbolla es diputado de la nación y goza de las prerrogativas que les son anexas á los representantes del país!

Si no lo fuera, y al llegar á la jefatura de Vigilancia, por ejemplo, nó lo recibirían ó lo recibirían mal; ó al ir á un juzgado, lo hicieran esperar hasta la hora de nona, y luego de esperar, le contestaran: —¡Vuelva usted mañana!—Si sufriera to-

dos esos inconvenientes que sufren los que llama *demastias de abajo*, entonces comprendería que se necesita más justicia, porque la que hay es muy poca, y libertad por igual: junto á la libertad que goza el de arriba, la que debe de gozar el de abajo.

Ha dicho el señor Borbolla:

“Al pobre—dice—hay que darle todo aquello á que tenga derecho; pero sin alentarle por determinados caminos.”

De manera que hay que darle todo lo que se le debe, pero no darle aquello que no convenga al orden social.

¿Usted también es amigo del orden social?

¡Y yo!

¡Si todos lo queremos!

Pero como el orden social es un desorden, porque unos lo tienen todo y los otros tienen nada, de ahí que las demastias de abajo tengan una justificación.

Sin esas demastias de abajo, ¿hubierais gobernado vosotros los liberales?

—Por dónde comenzó vuestro difunto jefe?

—¿No comenzó por las barricadas para subir?

Quédame por tratar el tercer punto, el que se refiere al *iniciativador* D. Carlos del Río, quien se ha propuesto vestirnos con ropa nueva todos los festejos de Marzo y Abril.

Nuestro simpático iniciativador nos dice hoy que debemos echarnos los trastos de la Feria acuestas y plantarnos en el campo de Tablada; y no nos manda con ellos á Dos-Hermanas, porque, como fen ese pueblo están afincados los jesuitas, Carlos del Río se ha dicho:

—Como lleve allí la Feria, mis paisanos se quedan sin Feria y sin reloj.

Pero ahora nos encontramos con otro inconveniente de mayor cuantía.

Conocido es de todos el hermoso proyecto que ya ha salido para la Superioridad (¿no es así como se dice?), redactado por el ingeniero de nuestro puerto, relativo á la Corta de Tablada, para que por ella puedan navegar, como pueden hoy hacerlo por la mayor parte de la ría, buques que calen veintitres pies.

El proyecto susodicho, viable en todas sus partes, abre las puertas de la Sevilla antigua á otra Sevilla moderna, que nós ha de traer ese puro ambiente de las civilizaciones que allende los mares se agitan en turbulento génesis, cambiando ideas, productos, afecciones, enlazando todas las manos y abriendo todos los corazones al amor universal.

Por donde quiere nuestro *iniciativador* desinteresado que pasen, durante tres días nada más, la alegría, la juerga, los mulos de dos piés y los mulos de cuatro piés, queremos los sevillanos, fiados en la ciencia y el saber de un ingeniero ilustre, que naveguen los trasatlánticos, con su vientre abarrotado de mercancías, sus camarotes llenos de indianos que vuelvan, ó de aventureros que se van á bañarse en las civilizaciones vírgenes, que no tienen de las viejas civilizaciones otra cosa que el afán de enriquecerse, el estímulo noble del grandioso poderío...

Uno desea que sobre los campos alegres resuene la guitarra quejumbrosa, el repiqueteo de las panderetas, el soñoliento cantar de la indolencia, poético, dulce y encantador...

El otro pretende abrir ancho surco para que sobre él discurran mansamente las aguas arrolladoras, y que éstas, á su vez, soporten el peso de esas grandes moles, ciudades navegantes, que lleguen á la risueña costa de una Sevilla sin murallas ni cercos, navegando por entre campos de trigo, por el vergel singular de estas planicies verdeantes, dejando oír el grito de sus sirenas avisadoras, ó el chirrido de sus férreas cadenas deslizándose por los escobenes al estentóreo grito de: ¡Fondo!

El uno quiere oír gritar: —¡A tanto el turrón y las avellanas!

El otro prefiere escuchar el ruido atronador de los winches, el *¡guarda-abajo!* en las bocas de las bodegas, la infernal barahunda en la que el vapor comprime y el coraje en tensión entonan el himno grandioso de la vida, del movimiento sin fin.

Y... es claro: Nos encontramos ahora con dos proyectos los sevillanos.

Uno, casi aprobado ya y de grandioso porvenir, la Corta de Tablada, original y estudiado por un ingeniero.

Y otro, el proyecto de Carlos del Río: utilizar el campo de Tablada para llevar allí las buñoleras, los tío-vivos y los señores con cuatro dedos de tirilla.

¡La verdad es que no sabe uno por cuál de los dos proyectos decidirse!

CARRASQUILLA.

## La corte de Monipodio

Pues, señor, está visto, no tengo suerte.

Oigo á muchas personas, á muchas, no, rectifico: á algunas, que dicen, al oír hablar de raterías y rateros:—A mí, gracias á Dios, no me han quitado más que una petaca una vez que me paré á mirar el cartel de los toros de Feria.

—A mí—dice otro, me escamotearon una vez un paraguas en el café.

—A mí—añade otro—me cambiaron un sombrero nuevo por uno viejo, agujereado y sin cinta, un día que estaba oyendo un sermón al padre Tarín.

Pues, francamente, esas personas tienen suerte, ¡pero mucha suerte!

Yo reniegó de aquel dicho que España sea un presidio suelto, por más que lo afirmó un español ilustre, porque conozco á algunas personas que creo les basta lo poco ó lo mucho que tienen, sin buscar el apoderarse de lo ajeno. Verdad es que hoy son muchas las maneras de apropiarse lo ajeno en contra de la voluntad de su dueño, y si es que ha sonado ya la hora del reparto social, es preciso que se sepa, que se establezca una regla; en fin, reglamentar *ello*, como, por ejemplo, la tarifa tercera.

El sábado último me tocó otra vez pagar esa contribución forzosa (no la de la aludida tarifa, pues esa la pago todo el año); es la otra, la contribución del señor Monipodio y de su corte. Mi balance, en pocos años, arroja una lista regular, como verán los lectores de EL BALUARTE. El 23 de Noviembre de 1894 me descerrajaron un tiro á quemarropa para quitarme 100 pesetas (todo mi capital). En aquella ocasión estuve *once meses* en la cama, y me quedé con un hombro anquilosado.

Un año después, acompañando á unos marinos de mi país á los toros, se armó una bronca, en la que me irregularizaron el reloj.

Nueve meses después, en el puente de Triana, fui atracado por dos palaciegos de S. M. Monipodio, que se fingían *kur-das*, y me utilizaron el portamonedas y el reloj; pero en aquella ocasión pude recuperar lo mío, gracias... ¿á la policía? ¡Cá, no señor! Gracias á una función de pugilato y una carrera pedestre.

Un año después vino aquí mi simpática amiga y correligionaria doña Belén Sárraga, fui al mitin, y allí me despojaron de un portamonedas de plata y 16 duros que acababa de cobrar.

Y en fin, el sábado pasado unos señores se presentaron en mi casa y me cobraron:

- 1.º Una chaqueta en buen uso.
- 2.º Documentos de familia.
- 3.º Una colección de EL BALUARTE del año próximo pasado.
- 4.º 300 circulares.
- 5.º Una magnífica guitarra (que no era mía); y
- 6.º Una bomba de bicicleta...

Esos puntos suspensivos significan que, con el tiempo, echaré de ver la falta de algunos libros, pues los encontré revueltos, y no puedo decir si los susodichos señores eran aficionados á la filología.

No creáis que tomo la cosa á chacota, pero como no adelantaría nada con lamentarme, hago este pequeño trabajo á título de estadística, y digo que si cada ciudadano contribuye, como yo, al sostenimiento de la corte hampona del señor Monipodio, no es extraño que veamos tantos otros *ciudadanos Rinconete y Cortadillo* de todas edades y estaturas pulular en calles y plazuelas, sin preocuparse del mañana, porque la policía, empleada en vigilar los mingitorios de la ciudad, teniendo que guardar las puertas de los concejales, teniendo que imponer multas á los carreros que no conservan *la mano*, ocupados en auxiliar á los taberneros en el cobro del consumo del mostrador, teniendo que perseguir pacíficos ciclistas que, tras del ruda semana de labor, transitan los domingos por los paseos públicos, y eso con un rigor digno de otra suerte; teniendo, en fin, que dedicarse á

ocupaciones imprescindibles y perentorias de su oficio, no pueden inquietar en lo más mínimo á los tres mil rateros de la Corte de los Milagros militantes de Sevilla-Triana.

Las casas de préstamos son, ó parecen ser, afiliadas, por lo menos indirectamente, á la corte del Sr. Monipodio. No hago alusión al 60 por 100 que cobran al año sobre prestado, aunque sería un motivo más que suficiente para justificar mis aserciones; me refiero al conocimiento exacto de los caballeros de horca y cuchillo que diariamente se les presentan para empeñar lo robado en la ciudad y sus arrabales. Ellos dirán que no, aduciendo que, cuando se les *decomisa* alguna mercancía, pierden el dinero del empeño; pero esa coartada no cuaja, porque, por una vez que les pasa una *desgracia* así, cincuenta veces les sale bien el ó los *negocios*.

Por otra parte, parece ser la policía una institución para ancianos, y que en ella se refugian todos los abuelos y padres de los paniaguados de los señores de turno en el poder. Ello es muy filantrópico, cierto es; pero ¿no se podría hacer otra combinación para que no salieran tan perjudicados los que pagan para sufragar todos esos servicios?

Para acabar digo yo:  
¡Señor Gobernador!  
¡Señor Alcalde!  
¿Se puede vivir?  
ADOLFO VASSEUR CARRIER.

## ¡Ea... basta ya!

Empezamos estas líneas haciendo constar que al escribirlas no nos mueve pasión alguna personal ó política.

Las personas y las ideas noble y sinceramente profesadas nos merecen el más profundo respeto y la mayor consideración; pero por encima de las personas y de los ideales está para nosotros el interés general y las conveniencias de las fuerzas vivas del país, relegadas hoy al mayor desprecio para rendir culto á la bajonería aduladora á que nos ha llevado el rebajamiento moral en que hemos caído.

A mayor abundamiento aborrecemos el servilismo, aun cuando se presente escudado tras el más respetable de todos los sentimientos humanos: la gratitud.

Dicho lo que antecede por vía de prefacio, y dando por supuesto que los hechos pasados revisten los caracteres de santidad de cosa juzgada á la que hay que prestar acatamiento, podemos unir nuestra protesta á la que todas las personas sensatas y serias de Sevilla han formulado ahora contra el frecuente abuso que hace años realiza nuestra Corporación municipal cambiando los nombres á las calles de la población.

Los perjuicios que al vecindario en general, y al comercio en particular, se siguen con el indicado proceder son incalculables, y por eso se hace necesario que la opinión ponga un dique resistente á esa monomanía idolátrica que vienen padeciendo los ediles sevillanos, ó que el Ayuntamiento, en vista de la actitud de sus administrados, tome un acuerdo que evite en lo sucesivo que los intereses del pueblo estén á merced de los caprichos, genialidades, lacaynería ó amor propio de los concejales.

Hace pocos días se ha hecho visible la protesta del vecindario, manifestada con actos ostensibles de los vecinos, y recogida y apoyada por la prensa local, contra el indicado abuso, con motivo de haber cambiado en un mismo día los nombres á dos calles de las más céntricas.

De seguir así no será extraño que los sevillanos lleguen á no saber en qué calle viven, pues se acuestan en la de Gallegos y se levantan en la de Sagasta, como ahora ocurrido.

Llevar la satisfacción de las pasiones políticas hasta el extremo que en Sevilla se lleva hace años, variando diariamente el nombre de las calles, sustituyendo el que hace siglos llevaron con el de algún político cualquiera, cosa es que debe concluir, pues el procedimiento empleado llegaría por el abuso á ser contraproducente.

Si lo que se pretende es inmortalizar á los hombres con cuyos nombres rotulan las calles, seguramente lo conseguirán, pues prodigado el honor en la forma en que se prodiga en Sevilla, desaparecería el respeto que tal distinción debe merecer á las generaciones venideras, y seguramente se daría el caso de que, corriendo otros vientos, viniesen á representar al pueblo de Sevilla quienes en un solo día mandarían arrancar de las calles aquellos nombres que, si algún recuerdo encierran, es el de las apostasías políticas y el de la pérdida de nuestro imperio colonial.

Si no se quiere dar motivo para que llegue ese momento, sean nuestros concejales más parcós en conceder los indicados honores, y cuando lo estimen justo, reserven los nombres de las personas á quienes quieran honrar para rotular las calles que se vayan construyendo.

## El acto de ayer

En el salón de sesiones de la Cámara de Comercio se celebró ayer la Asamblea liberal democrática convocada por los señores Rodríguez de la Borbolla y Héctor y Abreu, para elegir el Comité que en la provincia de Sevilla ha de llevar la representación y dirección del partido liberal.

A la una de la tarde constituyeron la mesa provisional el señor Chiralt, como presidente, y el señor González Ruiz, como secretario.

Inmediatamente se constituyó la mesa de edad, y ésta anunció que iba á procederse á la votación, la cual duró próximamente dos horas.

A las cuatro terminó el escrutinio, y el presidente dió cuenta del resultado, que fué el siguiente:

Tomaron parte en la votación seiscientos veintitrés electores, siendo elegida por unanimidad, á excepción de los señores Mateos Gabardón y don Jesús Solís, que obtuvieron un voto menos, la siguiente candidatura:

Presidente: D. Pedro Rodríguez de la Borbolla.

Vicepresidentes: D. Manuel Héctor y Abreu, D. José García Guerra, D. Manuel de la Rosa y D. Francisco Javier Peralta.

Secretarios: D. Antonio González Ruiz, don José López de Rueda, D. Leonardo Mateos Gabardón y D. Francisco Valera García.

Vocales: D. Alfredo Heraso Pizarro, don Alejandro Sandino Romera, D. Antonio Alonso Bascón, D. Antonio González y G. de Meneses, D. Antonio Omedo Guerau, D. Antonio Ramón Villalón, D. Cándido Moreno Abarranca, D. Cayetano Luca de Tena, D. Donato Hortal y García, D. Eduardo Roldán y Pedrobueno, D. Emilio Llach y Costa, D. Francisco de A. Mayol, D. Francisco Rodríguez María, D. Jerónimo Villalón Daoiz, don José Avila Fernández, D. José Caro Lázaro, D. José Antonio Sáenz de Lunar, D. Juan Pérez López, D. Manuel Clavijo Torres, D. Manuel Fernández Santa Cruz, don Manuel García Gaiando, D. Manuel Hoyuela Gómez, D. Manuel de Jesús Solís, señor marqués del Saltillo, D. Pablo Guerra Camarero, D. Pedro Fernández Palacios Labraña, D. Pedro Muro Sánchez, D. Rafael Juárez del Pozo, D. Salvador Muruve Pérez y D. Vicente Chiralt y Selma.

El señor Chiralt, que presidía la mesa de edad, dió posesión al nuevo Comité.

Al ocupar la presidencia el señor Rodríguez de la Borbolla concede la palabra al señor Héctor, el cual empieza manifestando que no va á hacer un discurso político.

Dice que el señor Borbolla se encargará de establecer la línea de conducta que ha de seguir el partido, inspirándose en los preceptos de la más pura democracia.

Considera que hay que huir de los procedimientos seguidos en su última etapa por el partido liberal, por envejecidos y por no responder á las aspiraciones de la patria y de la democracia.

Hay que inspirarse—dice—en nuevos horizontes, emprendiendo sin temor las reformas que sean necesarias.

Manifiesta que el único procedimiento que debe seguirse en política es el de no anteponer nunca los intereses personales á los generales.

No hay que esperar nada de contubernios y componendas que deshonoran, sino del propio valer y de la autoridad que da la fuerza en la opinión.

Recuerda la noche en que después de dejar la Alcaldía de Sevilla fué al banquete que cele-

braban en el Hotel de Madrid el señor Borbolla y sus amigos y, consecuentemente con su criterio de considerar la unión necesaria, la proclamó una vez más y dió el ejemplo, uniéndose con lo que, á su juicio, constituían la verdadera representación de los elementos liberales y democráticos de esta provincia.

Califica de suicidas á los que dificultan la unión, los cuales—dice—se conforman con continuar recogiendo las migajas que le arrojan del banquete conservador.

Entiende que esa política de contubernios y alianzas, en la sombra, envilece al que la hace.

Hablando de su conducta al unirse con el señor Borbolla, dice que ha ido á ella de buena fe y que desprecia lo que piensen y digan los espíritus mezquinos.

Dice que hay que cambiar de rumbo, prestando preferente atención á los intereses de los pueblos.

Estos—añade—han estado abandonados en una larga etapa, pero ahora, cuando vengamos al poder el poder, será nuestro.

Termina haciendo un llamamiento á la juventud, á la que excita para que no desmaye.

Habla después el exdiputado á Cortes de Morón señor La Rosa, y dice que se cree en el deber de dar las gracias á la Asamblea por la elección con que le ha honrado.

Entiende que la unión se impone para derribar la idolatría y el caciquismo.

Dice que los partidos en la discordia tienen que vivir del convencionalismo. Proclama que la fe es lo único que puede hacer que los procedimientos cambien en beneficio de los intereses públicos.

Termina diciendo que, de no obrarse así, habrá que pensar que hay quien considera á los partidos como *restaurants* á disposición de los que á ellos se adhieren.

Hace uso de la palabra el señor Borbolla, y dice que sería risible vanidad en él considerar que la brillantez del acto era debida á sus simpatías personales. Es demasiado grande la importancia del acto que realizamos—añade—para que ninguna persona tenga la ridícula vanidad de creer que sólo á ella se debe esa importancia.

Dice que el partido liberal había llegado á un estado en el que no puede continuar. Muerto el señor Sagasta, el partido tenía que disolverse, y se impone la creación de uno nuevo de sus cenizas.

Añade que es preciso terminar con que vengamos patentes de corso de Madrid para dar representaciones. Estas deben conquistarse por el propio valer y con los votos de los ciudadanos.

Llegaremos á destruir el caciquismo practicando la libertad y la democracia y no alardeando de ideas que no se tienen.

Ha llegado la hora—dice—de acabar con el caciquismo.

Todos tenéis derechos á dar vuestra representación y á pedir mañana cuenta de ello.

Hoy no somos una realidad, sino una esperanza que seguramente no defraudaremos, pues nos proponemos llevar la rectitud y la honradez á todos los órganos de la administración pública.

Agradece su elección para la presidencia del Comité, y dice que está dispuesto á sacrificarse por la libertad y la democracia.

Agrega que el Comité será el constante procurador y defensor de todos los liberales.

Es preciso—continúa—que rematemos hoy el caciquismo.

Desde hoy nadie más que nosotros podrá ostentar la representación del partido liberal.

Si algún día, por deficiencias en nuestra conducta, no nos creáis merecedores de vuestra representación, venid á una nueva Asamblea para nombrar á otros.

Nuestros adversarios se enterarán por el acto de hoy de que representamos una gran fuerza en la provincia y de que estamos dispuestos á concluir con el odiado caciquismo.

En las luchas que se avecinan podremos no triunfar de los amaños, pero contando con la mayoría de los electores, haremos valer por todos los medios nuestro derecho.

Seguiremos este procedimiento: Justicia para todos, para el amigo y el adversario; el favor sólo para el amigo.

Exigiremos honradez á los que ejerzan cargos públicos, y aquellos que sigan otra conducta serán lanzados de sus puestos por nosotros mismos.

Habla de las negociaciones entabladas para la unión cuando Sagasta murió, y expresa su opinión de que este hecho no debió ser causa de la terminación de aquéllas, pues su criterio es que hacían falta muchos comités provinciales como el creado hoy para que ellos puedan dar autori-